

ÁNGEL GANIVET Y EL IMPULSO ESPAÑOL HACIA ÁFRICA

KHEMAIS JOUINI, King Saud University / Universidad de Manouba, Arabia Saudi

RESUMEN: El artículo estudia las posibilidades e ideales de la política exterior de España de finales del siglo XIX con respecto a África que Ángel Ganivet, a través de sus obras *Idearium español* y *El porvenir de España*, propone como uno de los componentes de su gran proyecto para restaurar la vida entera de la España finisecular. En la primera parte, se analiza la vinculación mediterránea de España como consecuencia del fin de su proyección atlántica. En la segunda parte, se destaca el interés de España por África en tanto que escena natural de su expansión futura que está de acuerdo con su vocación, con su posición geográfica y con su historia. Luego, en la última parte se analizan las líneas maestras de la actuación civilizadora en África que Ganivet esboza para la futura acción exterior de España. **Palabras clave:** Ganivet, España, África, Política exterior, Siglo XIX. **ABSTRACT:** The article examines the possibilities and ideals of Spain's foreign policy in the late nineteenth century regarding Africa that Angel Ganivet, through his works *Idearium Español* and *El futuro de España*, proposed as a component of his project to restore the entire life of the fin de siècle Spain. The first part examines the relationship between Spain and Mediterranean world following the end of its Atlantic projection. In the second part, this article studies Spain's interest in Africa as a natural stage of its future expansion on this continent and in accordance with its vocation, with its geographical position and its history. In the last part, we analyze the main tendencies of Spain's civilization action in Africa that Ganivet outlines for its future action outside of Spain itself. **Keywords:** Ganivet, Spain, Africa, Foreign Policy, 19th Century.

1. INTRODUCCIÓN

En sus obras *Idearium español* (1896) y *El porvenir de España* (1898)¹, Ángel Ganivet trata el tema de España como problema. En estas obras, el autor presenta un examen crítico del complejo histórico, psicológico y étnico de España, y analiza las razones de su decadencia; al mismo tiempo propone un conjunto de ideas y proyectos para el desarrollo del espíritu nacional y para la regeneración de España con vistas a sacarla de la postración a la que llegó a finales del siglo XIX. En este aspecto a Ángel Ganivet se le considera como el precursor del grupo del 98, “ya que la problemática de su temprana obra fue después desarrollada y ampliada por el resto de la generación” (Abellán, 1973: 22). Nuestro trabajo no pretende hacer una lectura crítica de los elementos básicos de esta particular interpretación de la historia de España y de la terapia que propone Ganivet, sino que trata de estudiar las posibilidades e ideales de la política exterior de España de finales del siglo XIX con respecto a África, en un contexto histórico del reparto de este continente por parte de las grandes potencias europeas, como uno de los componentes de ese gran proyecto que el autor propone para restaurar la vida entera de la España finisecular.

2. ESPAÑA EN LA ESCENA MEDITERRÁNEA

En su análisis de lo que él llama “la rosa de los vientos” (IE: 75) de la política exterior de España, Ángel Ganivet concluye con la necesidad de retirada de los asuntos del Mediterráneo y de Europa, ya que en ninguno de los cuatro puntos cardinales de esa “rosa de los vientos” encuentra papel adecuado a la España moderna. A este propósito Olmedo Moreno (1965: 126-127) afirma que *Idearium español* “es un toque de retirada. Ni rescatar Gibraltar, ni unirnos con Portugal, ni ocupar Marruecos, ni preocuparnos de la cuestión romana o turca”. España ya es potencia menor dentro del sistema político internacional y se encuentra falta de fuerzas para acometer una aventura expansionista al igual que otras naciones europeas, sobre todo Inglaterra y Francia.

Ya desde la ocupación de Argelia por los franceses en 1830, muchos españoles vieron en éstos “como vecinos doblemente molestos, cuya hegemonía en le Noroeste de África podía lesionar el *statu quo* reinante y a la larga su entramado de intereses” (Morales Lezcano, 1988: 72). La guerra de África de 1859-60 supuso para España un intento de afirmar su presencia en Marruecos en el cual mantenía una cadena de emplazamientos desde el siglo XV; pero y sobre todo, esta ac-

1. Citamos por la siguiente edición: *Idearium español. El porvenir de España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1970, 8ª ed.; en adelante IE y PE, respectivamente.

ción “será interpretada como un desquite ante Europa, como prueba de autonomía de acción en la escena internacional” (Morales Lezcano, 1988: 68). Desde el siglo XVI España se proyecta hacia el exterior por medio de su acción ultramarina. Pero en el siglo XIX se pone fin al imperio ultramarino americano-pacífico, y con ello la proyección atlántica de España, predominante durante siglos; como contrapartida o compensación, se promueve la vinculación mediterránea, la frontera meridional de la Península. José M^a Jover (1995: XX) afirma que:

Al doblar el cabo de 1898 España continúa siendo lo que había sido desde la paz de Utrecht: una potencia periférica o flanqueante, cuya intensa política europea se desarrolla fuera del perímetro costero de nuestro continente. Sólo que, al cerrarse el gran ciclo ultramarino abierto en 1492, la política exterior española vuelve a proyectarse sobre el que fuera históricamente su campo predilecto de acción: la frontera meridional.

Hasta la liquidación del imperio ultramarino en 1898, toda la historia de la política exterior de España será presidida por dos inmensas corrientes de opinión: la intervencionista en el Norte de África y la abandonista que desconfía de la capacidad de España para abordar una empresa colonial.

Para Ángel Ganivet, el estado de “abulia” en el que se encontraba la España de finales del ochocientos, es decir, la falta de ideas y creatividad para enfrentar el futuro, no le permitía llevar a cabo una empresa que necesitase de una gran “energía espiritual”. Por lo tanto, una obra colonizadora, tal como la entiende Ganivet, como se verá más adelante, exige abandonar el campo de la lucha estéril y necesita una regeneración interna, una concentración como terapéutica muy enérgica. A este propósito, el autor afirma que “antes de salir de España hemos de forjar dentro del territorio ideas que guíen nuestra acción, porque caminar a ciegas no puede conducir más que a triunfos azarosos y efímeros y a ciertos y definitivos desastres” (IE: 10). Para Ganivet,

pues, “la más urgente y obvia regla de conducta para España es la total abstención de toda política exterior” (Olmedo Moreno, 1965: 127). Esta llamada al retraimiento voluntario de España ante los asuntos externos es un claro manifiesto del rechazo de Ganivet a cualquier política agresiva y expansionista, y una expresión de su repugnancia hacia el colonialismo triunfante que dominó la política de la Europa de su tiempo.

Sin embargo, las ideas de la necesidad de abandonar toda veleidad de política expansionista resultan invalidadas por el mismo autor cuando afirma que “yo creo, en efecto, que si fuese indispensable desarrollar nuestra política exterior, la única política justificada por nuestra posición territorial y por nuestra historia sería una política mediterránea” (IE: 105-106). En efecto, para Ganivet, España no puede renunciar a Europa porque es nación occidental, enlazada con el Occidente mediterráneo en todas sus fronteras terrestres como en todo el litoral. Además el problema del Peñón de Gibraltar queda como la cuestión palpitante de España; no vale la pena olvidarla porque representa la llave de todo el Mediterráneo.

3. EL INTERÉS ESPAÑOL POR ÁFRICA

En esta política mediterránea, Ángel Ganivet vuelve los ojos, esencialmente, hacia el vecino del sur, hacia el continente africano. El autor afirma a este respecto que “yo decía también que con vendría cerrar todas las puertas para que España no escape. Y sin embargo, contra mi deseo, dejo una entrada, la de África pensando en el porvenir” (PE: 164-165). El cambio de posición de Ganivet y el interés especial que concede al vecino del Sur, en su proyección de la futura política exterior de España, le introducen de lleno dentro del movimiento africanista español de la segunda mitad del siglo XIX, y entendido por Morales Lezcano (1988: 18) como “voluntad de estudio y reconocimiento del vecino continente con vistas a intervenir en el interior de las sociedades que lo poblaban”². Martínez Carreras (1998: 170) señala que es a mediados del siglo XIX y a lo largo de su segunda mitad:

[...] cuando se registra una primera y moderada reactivación del interés español por África, en parte motivada por el reflejo de la acción expansiva de las otras potencias imperialistas europeas que se lanzan a la conquista colonial del continente que lleva a su reparto tras la Conferencia de Berlín en 1884-1885, y en parte impulsada por una especial preocupación y atención africanistas de determinados sectores y grupos de la sociedad española.

Así el africanismo se convierte en el siglo XIX en un asunto ideológico en el que África se transforma en “destino manifiesto” tras la conquista ultramarina, y se urge desde los grandes grupos de poder a realizar campañas que en opinión de muchos salvarían y regenerarían la política interior española. Con respecto a la exploración y colonización de la costa africana la acción estatal se movió a remolque de la iniciativa privada. La *Sociedad Geográfica de Madrid y la Asociación Española para la exploración del África* –posteriormente, *Sociedad de Geografía Comercial*–, filial de la de Bruselas del mismo nombre, constituidas en 1876 y 1877, respectivamente, fueron brazos institucionales y avanzadilla del movimiento colonizador, y tuvieron un protagonismo directo en la exploración y reivindicación para España de territorios en África.

Ganivet considera que, si España ha de volver a ser una nación colonizadora, África constituye la esfera natural de sus legítimos intereses externos. A Este propósito, el autor afirma en que “el porvenir de España está en África y las aspiraciones nacionales se escapan por esta última abertura, como si estuvieran aprisionadas en nuestro territorio y buscasen la huida en la libertad” (IE: 121); e insiste aún más diciendo que “si se mira el porvenir, hay mil hechos que anuncian que África será el campo de nuestra expansión futura” (PE: 169). Para Ganivet, pues, España no puede renunciar a África ya que entra dentro de su acción natural, está de acuerdo con

su vocación, con su posición geográfica y con su historia. Martínez Carreras señala (2003: 357) que “tanto por razones geográficas como por motivaciones históricas, África en general, y el norte africano en concreto, particularmente el Magreb, han sido una constante referencia para la acción exterior española a lo largo de los siglos”. Ganivet propone, pues, enmendar la política exterior de España, subsanar graves errores y repararse de tan largo abandono respecto a África.

Esta acción futura de España en el vecino continente aparece como una reivindicación del testamento de Isabel la Católica (1504) al subrayar Ganivet que “una dirección tradicionalmente señalada a nuestra política exterior es la que se designa generalmente diciendo que hay que cumplir el testamento de Isabel la Católica” (IE: 121). En este testamento, “citado frecuentemente como expresión y mandato del destino español en el próximo continente” (García Figueras, 1949: 68), Isabel la Católica indica a sus sucesores el rumbo a seguir para continuar la misión de la reconquista diciendo: “Mando que a la dicha Princesa, mi hija, e al dicho Príncipe, su marido, e a los reyes que después d’ella subçderán en estos mis reynos [...] que no cesen de la conquista de África e de pugnar por la fe contra los ynfieles” (Flores Morales, 1949: 28-29).

Ganivet considera que, cuando la reconquista llegó a su término, en vez de seguir a los musulmanes y extenderse España por el Norte de África, como era natural, vino a estorbarlo el descubrimiento de América. La posibilidad que pronto se convertiría en realidad de un enriquecimiento mayor que el que ofrecía África, pocos meses después de la Reconquista de Granada, absorbió las energías castellanas. Todos los esfuerzos y recursos se dedicaron entonces a conquistar esa parte del mundo, desviándose la política mediterráneo-africana de España de su natural rumbo fijado por Isabel La Católica. Para el autor granadino el error histórico de España consistió en torcer su natural tendencia hacia África

2. El mismo crítico considera a Ganivet, junto a Joaquín Costa y otros intelectuales, como “africanista de salón”, pág. 23; y en otro lugar, pág. 74, añade que “la familia africanista constituida por políticos e intelectuales tiene en común el rasgo de su desconocimiento directo del tema africano. Al menos las figuras epónimas que aquí se consideran, alegaron amplios conocimientos –que no por fuerza científicamente fiables– sobre África, sin haber pisado en su vida ‘el continente de la tiniebla’”.

y el mundo musulmán y seguir la dirección de la América recientemente descubierta. Ganivet alude claramente a este desvío de la política exterior española cuando dice que “la tendencia natural de Castilla era la persecución en el suelo africano de la lucha contra el poder musulmán, del cual entonces podían temerse aún reacciones ofensivas; pero interponiéndose Colón, las fuerzas que debieron ir contra África se trasladaron a América”³ (IE: 40).

Sin embargo, si para la Reina Católica la acción africana supone una continuación de la guerra contra el infiel musulmán, para nuestro autor la empresa africana será una etapa de un colosal proyecto: continuar la reconquista pero con el espíritu que había presidido la aventura americana; es decir, convertir la acción africana de España en un ideal civilizador. Por otra parte, si Isabel la Católica identificaba la actuación africana de España con la intervención en el Norte de África o el Magreb, una identificación y una analogía establecidas y muy difundidas en la sociedad española de entonces⁴, Ángel Ganivet no cae en tal analogía y piensa en una empresa mucho más ambiciosa que abarque todo el continente. El autor aclara su proyecto diciendo que “no pienso al hablar así en Marruecos, pienso en toda África” (PE: 165).

4. EL PROYECTO EXPANSIONISTA DE GANIVET EN ÁFRICA

Ganivet, aunque en lo más profundo de sí duda de esta aventura reconociendo lo dificultoso de su realización⁵, tiene una visión grandiosa del porvenir español en el continente africano y proclama que el español era el único pueblo europeo que podía elevar a África y ello por vía

original muy superior a los métodos usuales de conquista y colonización. Esboza las líneas maestras de una actuación poderosa en África, una empresa cuyos intereses son mucho más trascendentales que una simple acción colonizadora imperialista. España puede utilizar su antigua experiencia para entender modernamente, mejor que el resto de Europa, la problemática de África. Ganivet rechaza todo intento colonizador que tenga fines utilitarios y es consciente que la relación con la colonia debe darse desde una filiación intelectual. Da preferencia a la gloria nacional y a la belleza de la acción que incluya la existencia de unas estrategias de identificación cultural: el idioma, la religión: “¿Puede darse nada más bello que civilizar salvajes, que conquistar nuevos pueblos a nuestra religión, a nuestras leyes, a nuestro idioma?” (IE: 119). Esta acción exterior de España nace de uno de los componentes de la estructura psicológica del país; nos referimos a lo que Ganivet llama el “espíritu de independencia”:

El espíritu territorial independiente movió a las regiones españolas a buscar auxilio fuera de España, y ese mismo espíritu, indestructible, obligará a la nación unida a buscar fuera un apoyo en su continente africano para mantener ante Europa nuestra personalidad y nuestra independencia” (PE: 167).

En efecto, para Ganivet la intervención en África no será por causas defensivas, ya que el antiguo enemigo es ahora débil, sino que se trata de reanudar con la historia, restableciendo la antigua “gloria” de España; además de darle una base real y sólida de influencia en el porvenir.

3. En otro lugar, pág. 75, añade que “la política de Castilla era africana o meridional, porque la toma de Granada y la terminación de la Reconquista no podía ser el último golpe contra los moros [...] y aparte de esto, era lógico que la respuesta se acomodase a la agresión, que no terminase en nuestro suelo invadido, sino que prosiguiera en el territorio de nuestro invasores”. González Alcantud (1997: 85), afirma que “el africanismo español de fin de siglo estará orientado por el testamento de Isabel la Católica, que recomendaba la expansión norafricana como la culminación del proyecto reconquistador peninsular”.

4. A este respecto, Joaquín Costa escribía, en 1882, que “la política española en África suele tomarse como sinónimo de política española en Marruecos, pero con error evidente”, y Gonzalo Reparaz afirmaba, en 1891, que “África y Marruecos son para bastantes personas una misma cosa, exactamente como para las gentes más rudas del pueblo son sinónimos geográficamente Haba y Cuba, Manila y Filipinas”; citados por Morales Lezcano (1988: 18 y 19).

5. Ya el autor reconoce que la España africana era un proyecto meramente ideal, puesto que implicaba un plan de actuaciones bien definido que se debería traducir en numerosas iniciativas concretas: “Actualmente la empresa es disparatada, pues sin contar nuestra falta de dineros y camisas, el antagonismo religioso lo echaría todo a perder. Pero ¿quién sabe lo que dirá el porvenir? ¡Utopía!” (PE: 166).

Para él querer rescatar el testamento de Isabel la Católica es querer resucitar el ambiente de unidad que supo crear la reina, y al que dedica tantas páginas; pero sobre todo, querer reanudar con el espíritu conquistador en África, es querer recuperar la grandeza y permanencia de la actuación española en la Historia. La misión africana de España será, pues, además de misión civilizadora, una misión regeneradora y restauradora del espíritu nacional español. Ganivet alude a este nuevo papel de España y al replanteamiento de su misión y actuación en el mundo bajo la denominación de la tercera salida de don Quijote, de cuya figura hace como arquetipo de la regeneración nacional, y señala que “don Quijote hizo tres salidas y que España no ha hecho más que una y aún le faltan dos para sanar y morir [...] Éste es el cuento de España. Vuelve ahora de su primera escapatoria para preparar la segunda” (PE: 164).

De acuerdo con la lectura alegórica que el autor granadino hace del Quijote como símbolo de la historia de España, ésta no ha hecho más que una salida y por tanto aún le quedan dos salidas históricas que hacer para empatar las tres salidas al mundo de don Quijote. La historia de don Quijote es la historia de España y, al igual que el hidalgo manchego, a pesar de volver derrotado a su aldea, no escarmienta y vuelve de nuevo a buscar aventuras, sin que su familia ni amigos puedan impedirselo. España, que todavía no ha encontrado el Sansón Carrasco que la derrote definitivamente, sino simples desventuras propias de una primera salida que no ha sido bien, tampoco escarmienta, sino que sueña con nuevas aventuras y se prepara para una segunda salida, sin que nadie lo pueda evitar. Y siendo esto así, lo mejor que se puede hacer es dejar una puerta abierta, sugerir cuál puede ser el mejor destino para España, para que, una vez restablecidas sus fuerzas decaídas, emprenda una gran empresa histórica exterior y Ganivet está dispuesto a aventurar que esa empresa tendrá como campo de actuación África entera como centro de la expansión futura española.



Fijado el objetivo el objetivo de la colonización de África que consiste, como venimos viendo hasta ahora, en querer restablecer el prestigio intelectual y espiritual de España, Ganivet indica

los medios para realizar dicho propósito. El primer paso es el que podríamos denominar “el conocimiento del otro”. En efecto, nuestro autor critica el desconocimiento que tienen los españoles respecto a África, a pesar de su proximidad, a pesar de su vecindad; por lo que una primera etapa para llevar a cabo esta labor colonizadora y civilizadora sería una etapa de formación o preparación adecuadas de hombres a cuyo cardo estaría la realización de dicha empresa para garantizar la obtención de los mejores resultados. Ganivet propone, pues, tal como dice, fundar “en Granada una escuela africana, centro de estudios activos, según una pauta que tengo muy pensada y con la que creo había de formarse un plantel de conquistadores de nuevo cuño, de los que España necesita” (PE: 169). y que no se asemejan a los colonizadores modernos. El autor elige Granada porque en ella “se conserva apego a la política simbolizada en el testamento de Isabel la Católica” (PE: 169). Fratalle (1997: 70) señala que:

La Granada ideal de Ganivet es, pues, algo más que un vago espejismo, o una mera ilusión. Es la síntesis poético-onírica en la que se expresa no sólo un proyecto personal de reconstrucción –en clave “espiritual”– de la ciudad, a partir del cual sea posible reimaginar un nuevo desarrollo para todo el país, sino también el trasfondo emocional-creativo que sustenta un mundo agonizante, en ruinas, abandonado como la Alhambra por sus moradores.

La idea de fundar un centro de estudios africanos no es más que una clara muestra de la intención de Ganivet de construir un movimiento africanista sobre bases científicas. Ya Tomás García Figueras (1949: 138) había señalado que “el africanismo, como movimiento de opinión organizado, no nace en España como en el resto

de Europa hasta el último tercio del siglo XIX” En realidad, el movimiento había comenzado ya a desarrollarse –al menos en lo intelectual– durante el periodo isabelino, con Donoso Cortés y Cánovas del Castillo como figuras más destacadas. No obstante, como ha mostrado Pedraz Marcos (1994: 31-33), desde el comienzo de la Restauración y especialmente hacia los años 80, se produjo un cambio sustancial en el africanismo respecto a décadas anteriores. Fue entonces cuando aquel movimiento adquirió verdadera consistencia ideológica, entidad institucional, peso político y repercusión pública.

Por otra parte, la fundación de dicho centro permite resolver uno de los mayores problemas de las relaciones con el otro. La comprensión entre los pueblos es uno de los deseos más difíciles de realizar y concretar, y esta comprensión exige un verdadero conocimiento de las sociedades y los hombres. El hecho de conocer y conocerse en el otro permite no solo un conocimiento auténtico, sino también la elaboración de un verdadero diálogo. Es decir, en este centro de estudios, Ganivet pretende hacer elaborar una imagen representativa del otro, en este caso el continente que piensa conquistar, pero una imagen objetiva y en proporción de la obra civilizadora que se quiere llevar a cabo.

En este contexto, el siglo XIX fue el de la creación y desarrollo de numerosas Sociedades de Geografía en Europa que congregaron a gran número de eruditos y aficionados, así como de políticos y militares en torno a una nueva idea: reunir conocimientos geográficos y, en general, científicos con la intención de adquirir un mayor conocimiento universal, así como una mejor comprensión y un acercamiento a aquellas zonas apenas exploradas del planeta que seguían circulando en los relatos como escenario de fantásticas aventuras y leyendas aún más maravillosas. Con esta acción de tipo filantrópico se buscaban hechos, datos, entrar en contacto con otras regiones del globo y otras culturas. Pero se buscaba también y muy principalmente un conocimiento

exacto de la geografía desde el punto de vista comercial, político y estratégico-militar.

La idea de fundar un parecido centro de estudios con vistas a “conocer al otro” no es original de Ganivet, ya que, en la segunda mitad del siglo XIII y principios del XIV, Raimundo Lulio (Ramón Llull), que estuvo en Túnez entre 1291 y 1292, la ideó como una de las bases de su doctrina misional. Raimundo Lulio pensó en la fundación de colegios de misiones donde el futuro “misionero, para garantizar los mejores frutos de la acción misional, había de conocer a la perfección no sólo el Corán y la historia de la religión musulmana, sino la filosofía, el estado

de los países en los que iba a misionar” (Morales Lezcano 1988:35). Ya desde los siglos XV-XVI, la actuación española en el Norte de África tenía tres motivos prioritarios: a) establecer una frontera meridional en el Norte de África; b) reconocimiento de índole múltiple de ese espacio físico y humano; c) ejercicio de una actividad misional en dicho espacio. Para Morales Lezcano (1988:73), “el

movimiento africanista español del siglo XIX no perdió de vista ninguna de estas tres finalidades”,

Esta formación moral e intelectual que se pretende dar a estos conquistadores de “nuevo cuño”, de los que habla Ganivet nos lleva a hablar de su concepción de la colonización. Ya hemos señalado, anteriormente, que Ganivet expresa su repugnancia al imperialismo y quiere convertir la acción africana de España en un ideal civilizador. Para él, pues, “colonizar no es ir al negocio, sino civilizar pueblos y dar expansión a las ideas” (IE: 115). El autor rechaza entonces lo que él llama “colonización utilitaria” apoyada en la acción militar regular y que hace de las colonias territorios que han de explotarse en beneficio exclusivo del conquistador o del mandatario; rechaza el concepto material y cuantitativo de la expansión colonizadora y aboga por una misión innovadora, no militar, sino moral, espiritual, pedagógica y benéfica; una misión que contribuya al progreso autóctono del vecino continente.

En *La conquista del reino de Maya por el último*



conquistador español Pío Cid (1897), donde combinando técnicas satíricas y pensamiento político crítico enjuicia la expansión colonial europea y las necesarias reformas interiores españolas, Ganivet había avanzado, a través del protagonista⁶ de su novela, su oposición a los modos de colonización europeos de su época, excesivamente utilitarios a su juicio para lograr el efecto que se proponen, es decir civilizar. En el último capítulo, terminadas sus aventuras, Pío Cid, en el que se condensa la vocación africanista de Ganivet, tiene un sueño en que le aparece el fantasma de Hernán Cortés, y de labios de éste oye Cid estas palabras, que resumen el ideal de la conquista a la española: “Conquistar, civilizar, civilizar no es [...] otra cosa que infundir amor al esfuerzo que dignifica al hombre, arrancándole del estado de ignorante quietud en que viviría eternamente”. De este modo, afirma Ganivet:

Cumpliríamos una gran misión histórica y daríamos vida a una creación grande, original en los fastos políticos; y al cumplir esa misión no trabajaríamos en beneficio de una idea generosa, pero sin utilidad práctica, sino que trabajaríamos por nuestros intereses, por intereses más trascendentales que la conquista de unos cuantos pedazos de territorios” (IE: 128).

Por consiguiente, si han de ser medios pacíficos los que debe emplear España en la misión que tiene respecto a África, éstos no pueden ser más que morales, culturales y económicos. La labor que va a realizar España en África debe tener muy presente los intereses materiales y morales, y la evolución social y económica de las poblaciones autóctonas. Esta labor se conseguiría con “desparramar por todo el litoral y ríos navegables de África factorías y misiones que fuesen como la levadura que hiciese fomentar las cualidades nativas de los africanos” (IE: 121).

Para Ganivet, el término de la acción africana de España sería la creación de una obra parecida a la que hizo España en América: la creación de un periodo español puro, un periodo hispa-

no-colonial civilizador mediante la expansión de la cultura, la lengua y las ciencias modernas en tierras africanas. Ganivet aboga por una política de entendimiento mutuo mediante la unidad de ideas y sentimientos entre la metrópoli y las colonias; quiere llevar a cabo una colonización civilizadora, guiada por lo que él llama “ideas picudas”, “ideas que inspiran amor” (IE: 141), creando de este modo una especie de confederación intelectual o espiritual entre la metrópoli y sus colonias.

En esta empresa civilizadora de los pueblos de África, Ganivet no pretende que el español actúe sólo y dice que:

En esta nueva serie de aventuras tendremos un escudero y este escudero será el árabe porque es el que vive de asiento, el que tiene aptitud para aclimatarse y para entenderse con la raza negra de un modo más natural que el que emplean los misioneros [...] El árabe, habilitado y gobernado por un espíritu superior, será un auxiliar eficaz, el único para levantar a las razas africanas sin violentar su idiosincrasia” (PE: 165-166).

En *Epistolario* (1944:11), Ganivet afirma que “lo que suelen hacer hoy los europeos en muchos puntos de África es destruir la obra de los árabes, los únicos que, aunque empleando la esclavitud, tienen condiciones para mejorar esos pueblos retrasados” y en *La conquista del Reino de Maya* (cap. VIII) asevera que son los árabes los únicos dotados para introducir la civilización por métodos pacíficos y persuasivos en África:

El plan de los árabes, bien que con menos aparato militar, era también de conquista: introducirse en el corazón de las tribus, comerciar con ellas, atizar la discordia por todas partes, adquirir como esclavos los vencidos en las guerras intestinas, y, por fin, sustituir poco a poco la autoridad hereditaria de los reyes indígenas por su propia autoridad.

6. Muchos críticos han visto en Pío Cid como el *alter ego* del autor que pretende resumir la individualidad española. El autor había concebido a su héroe como la encarnación de quien él mismo estaba dispuesto a ser y en proyección de sus deseos. Véase Salgado (1997: 223-242).

Ganivet era granadino y fue uno de los primeros intelectuales en rescatar la visión de lo árabe islámico en la cultura de su país y reivindicó resueltamente como parte sustancial de su identidad el legado árabe señalando que “la influencia mayor que sufrió España, después de la predicación del cristianismo, la que dio vida a nuestro espíritu quijotesco, fue la arábica” (PE: 155). Para el autor, el carácter español es el resultado del sincretismo entre el mundo oriental y el occidental, y hablando de las influencias recíprocas de la literatura árabe-cristiana afirma que:

El espíritu de los árabes llegaba entonces a su apogeo, y era natural que influyese sobre el de los españoles [...] de esa poesía popular, cristiana y arábica a la vez nacieron las tendencias más marcadas en el espíritu religioso español: El misticismo, que fue la exaltación poética, y el fanatismo, que fue la exaltación de la acción (IE: 17-18).

Consciente de los enlaces históricos que unen los españoles a los árabes, Ganivet quiere hacer de éstos –entiéndase del Magreb o del Norte de África– el mediador por cuyo conducto se derramarían la civilización, la ciencia y el saber de los europeos entre los pueblos africanos, tal como hicieron los musulmanes de Al-Ándalus-España, un conducto para propagar la cultura oriental en la Europa Occidental. El Magreb será, pues, el nexo entre lo español y lo africano, porque no hay asimilación posible sino en las civilizaciones y culturas que están en contacto, en las civilizaciones y culturas confines; y el Magreb árabe es la cultura que con la española y la africana está más en contacto.

Sin embargo, a pesar de que los reconoce en su propia sangre en más de una ocasión, Ganivet, contradiciéndose, manifiesta su aversión hacia los árabes y musulmanes. En *La conquista del Reino de Maya* (cap. I) trata a los árabes, que pretende convertir en socios de su empresa civilizadora de

los pueblos africanos, de “mentirosos y exagerados por la fuerza de la costumbre y por la exuberancia de su imaginación”. Ganivet basa su derecho a habilitar y gobernar al árabe, “escudero” en la realización de su proyecto, como ha dicho él, en la superioridad racial de los españoles sobre los pueblos árabes musulmanes del Norte de África, y no en la confederación intelectual o espiritual con ellos como

Ángel Ganivet quiso reparar el olvido proponiendo la vuelta a la verdadera ruta con una colonización civilizadora del continente africano [...]

pretendía en su proyecto. González Alcantud (1998: 106) señala que Ganivet “anti-orientalista convencido radicaliza su discurso hasta hacerlo en ocasiones antiárabe, pueblo al que asocia, tal que su contemporáneo y conciudadano el arabista ultra-católico Francisco Javier Simonet, a la parálisis histórica de España”. Ganivet afirma que:

El islamismo es peligroso si se le deja dominar grandes territorios unidos entre sí y constituidos en federación religiosa; porque el islamismo no se propaga individualmente, sino en forma de irrupciones violentas, rápidas, en diversas direcciones, dentro de su demarcación natural geográfica y a veces traspasándola y acometiendo a pueblos extraños. Así, una renovación de las fuerzas del Islam sería posible si cualquiera de las sectas que continuamente nacen de él tuviera libertad para extenderse en todos sentidos y llegara a reconstituir la unidad necesaria para el combate. Una política europea previsora debe de encaminarse a fraccionar el Islam, a interceptar esas corrientes, fijando en diferentes puntos intermedios centros de poder que sirvan de aisladores entre estados mahometanos independientes, pero nunca a destruir por completo la independencia política del islamismo, que por el hecho de existir tiene perfecto derecho a mantener poderes (IE: 138).

Rodolfo Gil Grimau (1988: 277) refiriéndose a las líneas del pensamiento africanista las agrupa en dos corrientes, en ocasiones superpuestas: la corriente colonial, “que intenta construir para

España un sustitutivo al imperio americano perdido o en vías de perderse”, y la corriente emocional “que ve en la intervención africana –sobre todo en la norteafricana– una prolongación a las luchas de los reinos cristianos contra los musulmanes en la llamada Reconquista, o una etapa más de la dialéctica de civilización hispanoárabe en la que, ahora incumbe a la España moderna, europea, etc., tender la mano hacia los hermanos menos favorecidos”.

Desde esta perspectiva, hay motivos muy fundados para pensar que de una expansión nacional se pasa a una guerra contra el árabe musulmán, en la que no se defienden tanto los intereses nacionales españoles cuanto los de la cristiandad toda. Ganivet invalida así su propio proyecto civilizador convirtiéndolo en lucha de religiones y de civilizaciones. La idea de volver a la grandeza de la reconquista transforma este espíritu maternal de crear confederación entre la metrópoli y sus colonias en arrogancia imperialista con la que ahora se debe dar un salto histórico a 1492 y continuar la conquista del mundo islámico por su punto más obvio: el Norte de África. Lo cierto es que con esta última pretensión, Ganivet convierte la proyección de España en el continente africano en una misión nacional que invoca un espíritu de cruzada patriótico con la justificación de una expansión colonial imperialista sujeta, no a razones civilizadoras, sino religiosas de guerra de cruzada contra los infieles.

5. CONCLUSIONES

Así, pues, en este trabajo, y a partir de las dos obras de Ángel Ganivet, hemos visto que África, desde el siglo XV, entraba dentro de la acción natural de España debido a su situación geográfica y a las circunstancias históricas. Pero esta acción ha sido olvidada, y Ángel Ganivet quiso reparar el olvido proponiendo la vuelta a la verdadera ruta con una colonización civilizadora del continente africano, como uno de los componentes de su proyecto de regeneración de España. Sin embargo, si este proyecto, bastante utópico, queda encerrado entre las cubiertas de *Idearium español* y *El porvenir de España*, y si las circuns-

tancias históricas y geopolíticas han cambiado desde entonces, las relaciones que mantiene actualmente España con los países africanos o por lo menos con los del Magreb se inspiran de dicho proyecto al existir conexión, correspondencia y diálogo continuo entre las dos orillas de ese “*Mare Nostrum*”. ■

BIBLIOGRAFÍA

- ◆ Abellán, José Luis (1973): *Sociología del 98*, Barcelona, Península.
- ◆ Flores Morales, Ángel (1949): *África a través del pensamiento español: de Isabel la Católica a Franco*, Madrid, CSIC.
- ◆ Fratalle, Loretta: “Perspectivas ganivetianas sobre Granada. Variaciones sobre un cronotopo”, en *RILCE. Revista de Filología Hispánica*, 13-2, 1997, págs. 57-72.
- ◆ Ganivet, Ángel (1970): *Idearium español. El porvenir de España*, Madrid, Espasa-Calpe, 8ª edición.
- _____ (1957): *La conquista del reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid*, Madrid, Aguilar, 2ª edición.
- _____ (1944): *Epistolario*, Madrid, Ed. Victoriano Suárez, 3ª edición.
- ◆ García Figueras, Tomás (1949): *África en la acción española*, Madrid, CSIC, 2ª edición.
- ◆ Gil Grimau, Rodolfo (1988): “Corrientes ideológicas internas en el africanismo español”, en VV. AA, *Actas del Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar* (Ceuta, 1987), t. III, págs. 277-285, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- ◆ González Alcantud, José Antonio: “Nudo biográfico y escritura compulsiva Para una lectura antropológica de Ángel Ganivet”, en *Revista de Antropología social*, 7, 1998, págs. 93-119.
- _____: “Ganivet ante los modos de colonización. A propósito de La Reconquista del Reino de Maya por Pío Cid”, en *RILCE. Revista de Filología Hispánica*, 13-2, 1997, págs. 75-96.
- ◆ Jover, José Mª. (1995): “Introducción. Después del 98. Horizonte internacional de la España de Alfonso XIII”, en J. Mª. Jover y C. Seco (eds.): *Historia de España de Ramón Menéndez Pidal. La España de Alfonso XIII. El Estado y la política (1902-1931). De los comienzos del reinado a los problemas de posguerra (1902-1922)*, t. XXXVIII, págs. XI-CLXIII, Madrid, Espasa-Calpe.
- ◆ Martínez Carreras, José U. (2003): “El africanismo español”, en J.C. Pereira (coord.), *La política exterior de España (1800-2003)*, Barcelona, Ariel, págs. 357-369.
- _____: “España en África en torno al 98: la aproximación hispano-francesa”, en *Anales de Historia Contemporánea*, 14, 1998, págs. 169-175.
- ◆ Morales Lezcano, Víctor (1988): *Africanismo y orientalismo español en el siglo XIX*, Madrid, UNED.
- ◆ Olmedo Moreno, Miguel (1965): *El pensamiento de Ganivet*, Madrid, Revista de Occidente.
- ◆ Pedraz Marcos, Azucena: “El pensamiento africanista hasta 1883: Cánovas, Donoso y Costa”, en *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 11, 1994, págs. 31-48.
- ◆ Salgado, A. María: “Mío Cid soy yo: mito/auto/biografía de Ángel Ganivet”, en *RILCE. Revista de Estudios Hispánicos*, 13, 2, 1997, págs. 223-242.